

mundo que había seguido con ojo atento estos estragos del vicio en el fondo de las mas bellas almas predestinadas por los dones del cielo á la creacion de las cosas mas sublimes: “¿Quién podrá decir, exclama, en una gran ciudad como esta, y á ciertas horas de la noche, quién podrá decir cuántos tesoros de génio se agotan; cuántas obras bellas y bien hechas, cuántas veleidades que pudieran ser fecundas, se ahogan antes de nacer, son destruidas en esencia, y se arrojan al viento de una prodigalidad insensata? Quién, que había nacido capaz de llevar á cabo un monumento grandioso, no lanzará al mundo mas que fragmentos; quién, que bajo una continencia severa estaba á punto de producir una obra maestra, faltará á la hora, llegará tarde al paso del astro, dejará escapar el momento luminoso que ya no tornará.”

¿Porqué maravillarse? El ejercicio de ciertos desórdenes enciende en las vidas todavía jóvenes, ese fuego de que nos habla la Escritura, que devora hasta consumir, *ignis devorans usque ad internecionem*, que roe hasta las raíces y los gérmenes del génio, *eradicans usque ad genimina*, que no deja en esas almas asoladas mas que el desierto, la aridez, la impotencia, la esterilidad, y que muestra con estas ruinas aun vivientes de cuánto es capaz el vicio para devastar el génio y aniquilar sus obras. ¡Cuántos de esos seres que el desorden ha hecho estériles é impotentes, en el sentimiento contristado de la consuncion de la fuerza y de la vitalidad, han podido decir, tambien ellos, estas palabras que un novelista contemporáneo pone en la boca de un artista: “Mi ojo ya no veía, no sabía ya mi mano, el corazon había vaciado el cerebro; y por el abuso de la sensacion había yo llegado á la impotencia del espíritu!”

De este modo, la depravacion de las costumbres,

alcanzando directamente á los mismos artistas, por una parte los condena á dar á sus obras, tarde ó temprano, la expresion de la deformidad, y por otra les quita, en mayor ó menor grado, la potencia de crear la verdadera belleza; y estos génios, que tenían la vocacion sublime de *elevarnos*, dejándose llevar; en vez de detener su ímpetu, por la corriente que los arrebató, precipitan mas y mas esa decadencia moral que precipita á su vez la decadencia artística.

III.

Hay todavía otra cosa ligada íntimamente con la ciencia y con las costumbres, y que ejerce sobre el progreso ó la decadencia del arte una influencia decisiva. Es la literatura; la literatura, que constituye el prelude de todos los progresos y de todas las decadencias del arte; la literatura, es decir, el arte superior de la palabra, el arte magistral que juzga y gobierna todos los demas, que condena ó absuelve, que aprueba ó desaprueba, que estimula ó desalienta, que aplaude ó persigue, que eleva ó derriba, que corona ó destrona las magestades artísticas. Esta potencia que refleja, muy á menudo aun agravándolas, las perversiones intelectuales y morales de la sociedad contemporánea, tiene particularmente en nuestros días, un imperio preponderante en el mundo del arte. Entre esas depravaciones literarias que tienden á abajar el nivel de las artes, señalo sobre todo tres grandes prevaricaciones que formulo en estas tres palabras: la inmoralidad, el cinismo y el mercantilismo literario; tres cosas que acarrearán, con lentitud quizá, pero sin falta, la inmoralidad, el cinismo y el mercantilismo en las artes, y de este modo precipitan su decadencia. La inmoralidad suprime la pureza, el cinismo la conciencia, y el mercantilismo el honor; y estas tres

influencias concurren de consuno á humillar á la vez el grandor del arte y la dignidad de los artistas.

Ante todas cosas, existe en la literatura contemporánea, para preparar las perversiones y las humillaciones del génio del arte, lo que no temo llamar la prostitucion literaria. Quien denuncia hoy ante vosotros como un atentado á la dignidad del arte estas orgías de la literatura viviente, no es tan solo la austera palabra de la predicacion cristiana, es la voz de todas las almas honradas, poseidas de una tristeza justamente indignada á la vista de esta pública prostitucion. Escuchad algunos de los testimonios que la lealtad y la honradez pregonaban no ha mucho en los diversos puntos del mundo profano, contra el comportamiento de nuestra literatura corruptora, y en particular del drama y de la novela: “¿Qué habeis hecho de la escena francesa? exclamaba hace poco un orador en la asamblea misma de nuestros legisladores. La habeis convertido en foco de libertinage y de impurezas. Ostentais en ella desnudeces que hacen sonrojarse al mas ligero pudor. Mancillais la infancia en vuestros teatros, haciéndole representar el tipo de la degradacion y del cinismo, con escándalo de todo hombre honrado.” — “¿Qué han hecho, pregunta un escritor poco sospechoso de gazmoñería filosófica y de escrúpulo religioso, qué han hecho de esa forma privilegiada de la literatura, la novela? Se ha sacado á luz la novela á la gitana, la novela sin casa ni hogar; la novela que arrastra á la juventud á los muladares, que narra todas las peripecias de la vida desenfrenada, que poetiza el vicio porque es vicio, el vicio sencillo al principio, luego experimentado, en fin la novela escandalosa, en que el escándalo explica todo el éxito y suple al talento.” — “Y en la escena, os diré con el mismo autor, ¿qué no habeis agotado en materia de prostitucion y de lujuria? No: bajo

este respecto no nos restan ya curiosidades que vender: se ha doblado la página del imposible. Por poco que se progrese, no se pondrán en breve sobre las tablas sino exhibiciones babilónicas de cuadros vivientes.” Apenas puede creerse: ha sido menester que la juventud misma, la juventud, de ordinario tan ardiente para curiosidades lúbricas, elevase contra estas exhibiciones escandalosas su protesta de indignacion. “Creíamos, decían estos jóvenes de corazon noble, creíamos, que era siempre tiempo de protestar, aunque fuese con nuestros silbidos, contra ese género pernicioso que invade nuestros teatros, y preguntábamos qué atractivos podían tener, no solo para espíritus cultivados, sino aun para espíritus sensatos, esos aullidos que no tienen nada de humano, y sobre todo esas representaciones obscenas. Gracias á tales piezas, las exhibiciones mas escandalosas se han apoderado de la escena. Ayer nos mostraba esta sus doctas desnudeces; hoy ya nos habla su gerga: en breve ya no tendremos que envidiar á la corrupcion de las grandes épocas de decadencia.” “Así hablaban ciertos jóvenes en Marzo de 1866; y un diario poco sospechoso de exageracion ascética, el menos clerical de los diarios, añadía: “Esta carta hace justicia á un sistema que tiende á deshonar la escena francesa y á hacerla el ludibrio del extranjero. Se dice que es menester servir al público conforme á su gusto: ¡vaya! ¡vuestros espectáculos obscenos son los que forman la degradacion del gusto público!”

Hé aquí cual se muestra esta orgía literaria denunciada por los mismos profanos y libres pensadores. Ahora bien, en vano procurareis disimularoslo, las degradaciones del arte todo, siguen inevitablemente y en todas las esferas, estas degradaciones de la literatura. Una especie de impulsión irresistible arrastra á la masa de los artistas á ese

atrevimiento, esa audacia, esa licencia, esa prostitución, aplaudida en los dramas y las novelas del día. Y cuando, para colmo de escándalo y de desdichas la fortuna viene á coronar en el seno de tales triunfos, esa literatura desgreñada que semeja á una meretriz enriquecida con sus desórdenes, ¡oh! entónces es cuando el contagio se hace inevitable y la plaga se vuelve universal. El escándalo afortunado y la inmoralidad enriquecida pasan de la novela á la escena, de la escena á la oficina del artista; y de ahí, si no sabeis detenerlos vendrán hasta esas exposiciones que tienen la legítima pretension de elevarnos á la contemplacion de cosas sublimes, vendrán á mostrar á todos, como una inmensa tentacion, de qué manera se hace fortuna ultrajando el pudor, de que modo se sube á la gloria haciendo á un lado la virtud, de qué suerte el escándalo puede hacer las veces del génio, y cómo la medianía, gracias á la complicidad de la lujuria, logra poner sobre sus sienes régia corona.

Que se atrevan ahora los hombres de letras interesados en los triunfos de la literatura inmoral, que se atrevan á negar la influencia degradante de sus obras sobre nuestras costumbres y nuestras artes; que vengan á acusar de severidad injusta la crítica imparcial; que vengan, en apologías de sus libros, mas inmorales aun que sus mismos libros, á decir una y mil veces que "la obra de literatura y de arte es siempre inocente, y que no tiene mas resultado que expresar ante el público el *temperamento* del autor." ¡Qué pueden tales apologías contra el testimonio universal de la conciencia honesta? ¡Oh arrasadores públicos de nuestra inocencia y nuestra virtud! ¡Qué! ¡Os atreveis á decirnos lavandoos las manos de las manchas arrojadas en las almas por vuestras impurezas literarias: "Cambiad de costumbres y cambiaremos de obras!" Yo os digo á

mi vez: Cambiad de obras y cambiaremos de costumbres: introducid la pureza en vuestros libros, y la hareis pasar poco á poco á las almas; y esta pureza en las almas producirá poco á poco en las artes la verdadera belleza.

¡Sabeis, Señores, lo que hiere aun mas profundamente las costumbres y las artes, en estas depravaciones de la literatura contemporánea? Es que al ultrajar directamente las costumbres con los triunfos de la inmoralidad, tiende á pervertir la conciencia misma con los errores que populariza; es que aniquila la postrera magestad que resta á los pueblos, así como á los individuos, en el seno mismo de sus mayores caídas, el sentimiento moral; es, en fin, que á la orgía literaria se une, para mejor abajarnos, el cinismo literario. Cuando se abraza, con una mirada atenta y escudriñadora, el conjunto de nuestro mundo literario, se diría que existe una conspiracion universal contra la conciencia humana. Este es el rasgo predominante, fuerza es confesarlo, de nuestra literatura anticristiana ó extra-cristiana; y es uno de los mas tristes síntomas de nuestra época. Cada siglo ¡ay de mí! produce para la desgracia de los hombres, su contingente de obras inmorales. Aun las épocas menos depravadas ven crecer bajo los rayos de su sol, y en una medida relativa, esta triste cosecha. Parece que existe siempre una cierta cantidad de depravacion latente en el fondo de la humanidad, y que tiene precision de hallar una salida para estallar en la superficie; no recorrereis una sola literatura, sin respirar en ella, aquí y allí, no sé qué fetidez que se exhala, aun por en medio de las flores, de ese eterno fondo de la corrupcion humana.

Pero, Señores, una cosa es crear obras inmorales, otra cosa es matar la moralidad; una cosa es herir la conciencia, otra cosa es destruirla; una cosa es

hacer frente al remordimiento con obras ó lecturas nauseabundas, otra cosa es suprimirlo. ¡Ah! Sin duda que el presentar una tras otra, durante largas horas, á las imaginaciones ardientes, torpezas en que ni siquiera puede soñar una virtud vulgar, es un mal, un mal en sí mismo profundo; pero legitimar la vergüenza, absolver el escándalo, justificar hasta el crimen, el crimen que aquí se llama adulterio, allá incesto, acullá asesinato, el asesinato que mata al rival, al amante ó á la esposa, ó bien el asesinato del que se mata á sí mismo con una cobardía y un crimen supremo: ¡hé aquí lo que inflige á la moral primero y en seguida al arte, heridas mortales!... Pues bien: tengo cierta vergüenza de decirlo, la literatura contemporánea, y en particular la literatura del drama y de la novela, ha caido hasta este abismo. En medio de las peripecias por donde se marcha con repugnancia de vergüenza en vergüenza, y muchas veces de crimen en crimen, encontramos, con un asombro lleno de tristeza, apologías para todas las abominaciones y absoluciones para todos los crímenes. Dramaturgos y novelistas que, en presencia de algunas raras condescendencias de la casuística cristiana, se pondrían quizá en las actitudes mas escandalizadas, no se avergüenzan de extender sobre todos los crímenes, sobre toda clase de prostitucion, sobre todas las crueldades, y algunas veces sobre todas las monstruosidades, el velo dorado de su nueva moral. Proclaman de buena gana que los vicios corrompen las artes; pero se les escapa una cosa, y es que la literatura inocular el vicio pervirtiendo la conciencia; y de este modo siembra en las almas el gérmen siempre fecundo de la corrupcion artística. Para no señalar aquí mas que una de sus principales aberraciones, los oís proclamar con una calma que hiela el corazon, la predestinacion fatal de ciertas naturalezas á las grandes

depravaciones y á los grandes crímenes, y de este modo preparar una excusa, siempre pronta y siempre valedera para justificar todo, aun la monstruosidad.

Escojamos, entre mil, en una produccion reciente, un ejemplo de estas absoluciones otorgadas al crimen por la fatalidad. Escuchad: "El vicio tiene tambien su inocencia y su simplicidad. Hay seres predestinados al mal; tienen el instinto y la necesidad del mal, y lo causan sin tener de él ni premeditacion ni conciencia.... La serpiente da la muerte y el loto trae la locura. Este animal y esta flor, ¿saben por ventura lo que hacen? No. La naturaleza así lo quiere. Su mision es destruir, y destruyen. ¿Porqué? Dios lo sabe. Ciertas almas están dotadas como ellas de este privilegio fatal." ¡Así es que, á semejanza de la serpiente, dais la muerte porque tenéis necesidad y habeis recibido la mision de darla! ¡Qué moral de Caribes y de Hotentotes, predicada en plena civilizacion, por literatos que se proclaman á sí mismos porta-estandartes de la civilizacion! ¡Es maravilla, despues de todo esto, que oigamos á un hombre que acaba de ser impelido por la venganza á un asesinato en que el horror de la crueldad se complica con los horrores de la liviandad, será maravilla, que cuando aun tiene su alma cubierta con su doble mancha, lo oigamos aplaudirse á sí mismo por haber reconquistado la paz con el poder de su crimen? Es menester aducir todavía algunas citas, porque aquí, en verdad, lo verdadero puede ser inverosímil. Esto es doblemente horrible; pero es preciso que no se ignore lo que sabemos soportar, tolerar, y muchas veces aplaudir.

"La naturaleza en un movimiento irresistible, homicida, me ha libertado de repente del demonio que me acosaba. El crimen me ha exorcizado, calmado, sanado. He vuelto á entrar inmediatamente des-